

queja, sin un lamento, sin un reproche. Su lema había sido «Sine querela». Sin querella, en efecto, se propuso vivir y morir, ya que en la tierra las perpetuas querellas entre los hombres y entre los pueblos envenenaban la existencia. «Sine querela», con el alma en paz, ya que el mundo estaba destrozado por los horrores de la guerra.

Fue Luis Vives lo que hoy llamaríamos un pacifista. Tocóle vivir en una Europa ensangrentada, como hoy, por las luchas civiles y por las contiendas internacionales.

En la esfera de las ideas buscaba Vives la armonía. Su tiempo, en cambio, fue un tiempo de violentas pugnas ideológicas. En la esfera de la realidad predicaba el maestro una paz humana. Y la realidad le contestaba con guerras cruentas entre los príncipes cristianos; los reinos desolados, la Roma papal saqueada, la culta Europa convertida en un inmenso campo de batalla...

Dos siglos, dos mundos combatían el uno contra el otro. Y en vano se esforzaba por unirlos en una síntesis suprema la mente serena, el ánimo conciliador de Juan Luis Vives, español y cosmopolita; medieval y moderno; hijo de la Escolástica y padre del Renacimiento; formado en la erudición clásica y orientado hacia la observación y la nueva ciencia; amigo de los reyes y abogado de los pueblos.

Cuando, joven todavía, en la corte de Enrique VIII de Inglaterra, confidente espiritual de la